

MEMORIAS SACERDOTALES

Monseñor William Ruiz Velásquez

Pbro. Elías Alberto Pérez Medina
Sacerdote



Cuando un amigo se va, se lleva la mitad del corazón. Fuimos amigos desde nuestra temprana adolescencia, desde su ingreso al Seminario Diocesano de Santa Rosa de Osos el 3 de febrero de 1954. Fue siempre una amistad fresca, serena, sincera, exigente, alegre, compartida y, como en toda amistad, a veces sufrida.

Nacido en la levítica parroquia de Entrerríos el 2 de octubre de 1941, en el hogar sólidamente católico, conformado por Don Joaquín Ruiz y Doña Carolina Velásquez, fue el último de los 7 hijos.

Los estudios primarios los realizó en su ciudad natal. Sus estudios de bachillerado, Filosofía y Teología los superó con altas calificaciones en el seminario santarrosano. El Venerable Monseñor Miguel Ángel Builes le impuso las manos en el sacramento del Orden Sagrado el 11 de septiembre de 1966.

Inició su ministerio sacerdotal en Sopetrán y luego en Segovia como vicario parroquial. Integró el Equipo Diocesano de Pastoral Juvenil; se desempeñó como vicedecano del Obispo. Obtuvo su diploma de Licenciado en Pastoral en el Instituto de Pastoral Catequística de la Universidad Católica de París. A su regreso, fungió como párroco de Cuturú, delegado diocesano de Pastoral Juvenil, integrando el Equipo de Pastoral diocesano; párroco de El Bagre y Ovejas; fundó la parroquia del Carmen de Yarumal. Llamado a ser Vicario de Pastoral por Monseñor Jairo Jaramillo, y a los dos años fue nombrado Prefecto Apostólico de Leticia, donde estuvo 4 años. A su regreso fue párroco de Amalfi, La Merced de Yarumal y Donmatías. Durante sus últimos 17 años prestó el valiosísimo servicio de presidente del Consejo de Administración de Coofrasa. Llegó a la casa del Padre el 25 de junio de 2024.

La personalidad de Monseñor William se fue perfilando con estos tres componentes: joven, líder y misionero.

- JOVEN: lo fue física, mental y espiritualmente. No se dejó envejecer. Todas sus actitudes eran las de un ser humano siempre fresco, sin arrugas físicas ni espirituales. Soñaba con una Iglesia joven, que como anunciaba al final de sus documentos el Concilio Vaticano II, fuera una Iglesia, verdadera juventud del mundo, que "se alegre con lo que comienza, que se renueve permanentemente, que se dé sin recompensa y que parta de nuevo para nuevas conquistas".

Fue el jefe de la tropa de boys scouts, fundada en el seminario por el Padre eudista Agustín Correa. Conservó esta semilla de escultismo a través de su vida pastoral y la sembró fundando en cada parroquia a donde llegaba la tropa scout que cultivaba la juventud en principios y valores humanos y cristianos.

Como delegado episcopal de Pastoral juvenil, se esmeró por incrementar e incentivar el liderazgo de jóvenes para constituir grupos de crecimiento en todos los niveles en la rama juvenil.

- LÍDER: En todos los servicios pastorales que prestó, manifestó las cualidades que adornan a un genuino líder:

- Permanente actitud de servicio y de ir adelante.
- Sincera disposición de escucha de los demás.
- Valoración de las cualidades de los demás
- Sentido de observación y análisis de la realidad.
- Conocimiento y valoración de la vida y trabajo en equipo.
- Ejercicio de la autoridad comunitaria y participativa.
- Vivencia de la amistad en la fidelidad y del amor cristiano por encima de todo.

En el Equipo Diocesano de Pastoral y en el Instituto de formación de líderes, en Tenche, se destacó como líder de reflexión, análisis y búsqueda de nuevos pasos pastorales para aplicación del Plan Diocesano de Pastoral. Fruto de ello fue el grupo de maduración juvenil en la fe, Matraca, con actividades misioneras y teatrales destacadas.

Testimonio de su liderazgo fueron sus logros en las parroquias que dirigió, particularmente en el Carmen de Yarumal, que construyó desde sus bases.

Destacadísimo fue su liderazgo como presidente del Consejo de Administración de Coofrasa, en donde lo reelegimos consecutivamente por 17 años. Se desempeñó no solo con lujo de competencia, sino con amplia dimensión de servicio a los asociados y acompañamiento a la gerencia.

- MISIONERO: Su nombramiento como Prefecto Apostólico de Leticia, bajo el *ius comisionis* otorgado a la Diócesis de Santa Rosa por la Santa Sede, no fue sorpresivo para nadie. El espíritu aventurero, heredado del escultismo, había fraguado en su corazón pastoral una inmensa dimensión misionera.

Los cuatro años que sirvió allí fueron la expresión de la quintaesencia misionera de su corazón sacerdotal. Organizó la Prefectura, acompañó a los sacerdotes y les dio calor de Pastor y amigo; las gentes autóctonas de la región se sentían muy bien acompañadas y representadas por él.

La búsqueda fundamental en su vida de pastor siempre fue cómo inculturar y encarnar mejor el Evangelio en la cultura y realidades del mundo de hoy.

Bendecimos al Señor Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, que nos enriqueció con 82 años de vida y 58 de servicio sacerdotal, de este Pastor que nos contagió de juventud con su liderazgo misionero.

Presbítero Erasmo Antonio Uribe Pérez

Pbro. Jairo Tamayo Zuluaga

Director del Banco de Alimentos - Yarumal



Todo sacerdote va pasando poco a poco y va quedando su esfuerzo, su enseñanza y su recuerdo.

Aunque hayan sido muchos los lugares, en cada uno queda una estela de su recuerdo.

No todas las parroquias son iguales, pero sí en todas ellas los sacerdotes que llegan quieren dejar su buen recuerdo.

Así, han pasado por nuestras parroquias hombres sacerdotes que nos han dejado su recuerdo. Hoy recordamos al padre Erasmo Uribe.

Nació en San José de la Montaña el 17 de enero de 1939. Era el menor

de los hijos. Fue al Seminario de Santa Rosa en 1951 y se ordenó el 11 de agosto de 1963. Estuvo en parroquias, muchos o pocos días, como Carolina del Príncipe, Gómez Plata, Yarumal, Vegachí, San Diego, El Playón, Sabanalarga, San Jerónimo, Margento, Ebéjico y en Amazonas. Estuvo en la curia de Medellín. Estudió en Roma. Dirigió las Obras Misionales en Bogotá.

Fue un gran músico. Sabía servir como nadie; tenía un alma sencilla, una humildad muy grande, un don de gentes maravilloso.

Era de una gran estatura y poseía muchas cualidades para narrar anécdotas.

Presbítero Nolasco Múnera del Río

Pbro. Arnoldo de Jesús Uribe Loaiza

Vicario General y Ecónomo



El pasado 28 de febrero, en la clínica INCODOL, retornó a la Casa del Padre el querido hermano sacerdote Pedro Nolasco Múnera del Río. Esta vez terminó la inexorable muerte venciendo a quien, durante los últimos años, la edad y las enfermedades habían menguado de modo significativo su estabilidad y su calidad de vida; no obstante, hasta pocos días de su existencia continuó prestando sus servicios sacerdotales en algunas parroquias de la Arquidiócesis de Medellín, donde, gustoso y con la claridad que lo caracterizó siempre, estuvo disponible para apoyar y colaborar.

Había nacido el padre Nolasco en la católica comunidad de San José de la Montaña el 5 de noviembre de 1941, en el hogar de Don Vicente y Doña Ana Tulia. Tuvo como hermanos a Martín Eduardo y Ana Teresa (fallecidos), y a Martha, quien se convirtió en el ángel guardián durante la última etapa de la vida del padre.

Después de cursar sus estudios en su pueblo natal y en Envigado, terminó su formación básica en el Seminario Menor de Santa Rosa de Osos.

Sus estudios eclesásticos los realizó en el Seminario “Cristo Sacerdote” de la Ceja, Antioquia.

De manos del insigne obispo de Sonsón-Rionegro, monseñor Alfonso Uribe Jaramillo, recibió el diaconado el 28 de octubre de 1967, y San Pablo VI lo consagró sacerdote para siempre en Bogotá el 22 de agosto de 1968, en el marco de la primera visita que hiciera un Pontífice a nuestra patria colombiana. Como dato curioso, guardaba como especial tesoro la homilía que en aquel día memorable pronunció el Santo Padre, y más de una vez la convirtió en herramienta de su meditación.

Su primer nombramiento fue como vicario cooperador de la Inmaculada Concepción, en Caucasia; luego, pasó a las tierras del occidente diocesano, como vicario sustituto del Carmen de la Venta en Liborina, solo por un par de meses, en marzo de 1970. Y luego, por otro corto tiempo (desde mayo a octubre de 1970) estuvo como vicario parroquial de Nuestra Señora de los Dolores en Segovia.

La obediencia que celosamente prometió a su obispo y a sus sucesores lo llevó de nuevo a las tierras del Bajo Cauca, Nechí, donde sorteó por espacio de diez años los desafíos que en aquel enton-

ces aquella región de la Diócesis planteaba a los levitas. Allí, de la mano de las Hermanas Teresitas, desplegó una labor pastoral que recordó por el resto de su existencia. Tal fue el cansancio físico que allí experimentó, que, según él mismo lo decía, fue enviado un año a estudiar en el CELAM, tiempo que le sirvió para su formación permanente y también para reponer un poco las fuerzas. El Señor le tenía destinado llegar de nuevo a la Diócesis con el fin de animar a la comunidad de Vegachí, donde estuvo hasta 1985.

A finales de 1985 fue enviado a dirigir los destinos pastorales de San Antonio de Padua, en Briceño, hasta mayo de 1993, cuando fue destinado a la comunidad Nuestra Señora de la Asunción en Sopestrán, para luego terminar sus funciones de párroco en la comunidad parroquial de Nuestra Señora de Guadalupe desde 1996 hasta el 2001.

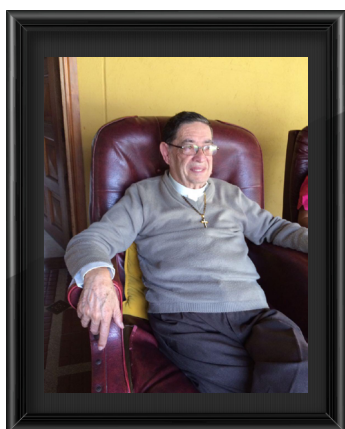
Los quebrantos de salud, que empezaban a hacerse más fuertes, y los inconvenientes que se le presentaron en su ministerio lo llevaron a asumir en adelante su vida sacerdotal de una manera discreta y silenciosa, como vicario parroquial y adscrito los últimos quince años de su ministerio en las parroquias de La Merced y el Carmen en Yarumal (en esta última estuvo en dos oportunidades) y en la Basílica de Nuestra Señora de las Misericordias en Santa Rosa. Cuando la situación de salud le requería estar cerca a los recursos médicos se mudó a la ciudad de Medellín, con miras a recibir mejor atención y así sobrellevar los achaques, en compañía de sus dos únicas hermanas, ayudando esporádicamente en algunas parroquias de la Arquidiócesis y acompañando a los grupos de adulto mayor de su barrio, quienes hermosamente rodearon su féretro y depositaron rosas blancas en señal de despedida el día de sus exequias, que presidió nuestro Administrador Diocesano, Pbro. Luis Alfonso Urrego Monsalve.

Concede, Señor, la recompensa eterna a este tu fiel servidor e inolvidable hermano sacerdote. Paz en su tumba.

Monseñor Javier Acevedo

Pbro. José Pompilio Gutiérrez Rúa

Párroco de Nuestra Señora de las Misericordias – La Basílica – Santa Rosa de Osos



"Se murió el angelito". Así solía decir él mismo cada vez que moría alguien, y en esta Pascua le tocó a él.

Monseñor Javier Acevedo nació en Briceño (Antioquia), hijo de Octavio e Irene. Hizo la primaria en la Escuela Epifanio Mejía y el bachillerato y los estudios eclesiales en el Seminario Santo Tomás de Aquino, de Santa Rosa de Osos, con los Padres Eudistas.

Desde muy niño se trasladó a El Cedro (Yarumal), lugar donde su alma empezó a moldearse para el sacerdocio. Allí conoció y aprendió de otro presbítero de profunda vida espiritual, hoy casi olvidado por la historia: el padre Pedro León Múnera Tobón, hermano del reconocido escritor P. Martín Múnera.

Fue ordenado sacerdote el 15 de octubre de 1961 por Su Excelencia Monseñor Miguel Ángel Builes, junto con Mons. Gerardo Patiño y otros hermanos presbíteros. Sobre el sacerdocio, San Juan Crisóstomo (s.f.) decía: "El sacerdote ocupa en la tierra el lugar de lo

que es Dios en el cielo”, y Benedicto XVI (2006) recordaba: “El sacerdote es, ante todo, un hombre de Dios, un hombre que vive de Dios y para Dios, para que los demás puedan encontrar en él un reflejo de Cristo”. Así vivió Monseñor Acevedo su ministerio sacerdotal.

Como persona, cómo olvidar sus hobbies: los pájaros, los perros, la vida sencilla. Quiso aprender a manejar computador cuando ya pocos creían que podía, y sobre todo recordar esos puños fuertísimos. Asimismo, sus inmensas cualidades humanas: alegría, cercanía, sencillez, capacidad de escucha y conciliación.

Como sacerdote: Su primera misión fue como Vicario Parroquial de San Pedro, junto a otro grande de la Diócesis: el padre Roberto Arroyave. Luego, sirvió en Segovia como mayordomo de fábrica.

Inició su ministerio parroquial en Cedeño, como Vicario Sustituto, en 1965. Pasó luego a Aragón como párroco. Según el Código de Derecho Canónico: “El párroco es el pastor propio de la parroquia que se le encomienda; ejerce la cura pastoral bajo la autoridad del obispo, compartiendo la misión de Cristo, para enseñar, santificar y regir”. Junto a las Hijas de la Misericordia fundó un colegio y un internado para las niñas campesinas. A la llegada de Monseñor Torres Parra, recibió además la encomienda de la parroquia de Labores.

Regresó a El Cedro, ya como párroco, y dejó huella con obras materiales: el kínder, el colegio, la luz eléctrica, el primer teléfono, la actual casa cural, la capilla, el cementerio y un liderazgo incansable en caminos y puentes.

Como diría Miguel Delibes (1950): “Quien ama un pueblo, deja en él algo más que ladrillos; deja su alma”..

Monseñor Javier fue sacerdote íntegro, “de una sola pieza”: “El metal fino se quiebra, pero no se dobla”.

Fue firme en la doctrina moral y en el Magisterio de la Iglesia, devoto del rezo del breviario; fiel de María Auxiliadora (a quien le consagró su salud), impecable en la liturgia, celoso confesor, cercano a los pobres y hospitalario en su casa cural (siempre junto a su hermana Luz).

Recorrió veredas a lomo de mula y promovió, a través de terceros, la música parroquial: coro, tuna, banda; todo lo que ayudara al bien común.

Su testimonio encendió vocaciones sacerdotales y religiosas. No pocos obispos y sacerdotes lo visitaban, atraídos por su cercanía y ejemplo. El párroco, como recuerda el Papa Francisco, “no es un gestor de lo sagrado, sino un pastor con olor a oveja, que vive en medio de su pueblo”. Por sus virtudes fue distinguido con el título de Monseñor, que no alteró en nada su sencillez.

En 1995, tras la partida al cielo de su hermana, Monseñor Jairo lo trasladó a La Inmaculada de Yarumal, donde vivió en humildad, fe y obediencia. Allí, su casa cural se convirtió en hogar de fraternidad sacerdotal, nunca de ambiciones. Al transcurrir seis años, pasó un año a San Pedro de los Milagros, y luego nuevamente a la Inmaculada, otro sexenio como párroco.

Finalmente, vivió como adscrito en La Inmaculada, bajo el cuidado fraterno del padre Óscar Arias, y luego en el Hogar Sacerdotal Pedro Pablo Isaza, donde se consumió en silencio y contemplación.

Murió el 13 de abril del presente año. Monseñor Javier fue un cirio pascual que se consumió dando luz. Sus restos descansan donde siempre quiso, su recuerdo en la mente de quienes lo conocimos, y su alma a los pies de Aquel a quien sirvió como “siervo humilde que solo hizo lo que debía hacer”.

Como escribió José Luis Martín Descalzo (1994), en su libro Razones desde la otra orilla: “Poned

sobre mi tumba mi nombre y mi apellido sacerdote, porque no he querido ser otra cosa”.

Se nos murió el angelito

Referencias

Benedicto XVI. (2006). *Santa Misa Crismal*. Dicasterio para la Comunicación. https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2006/documents/hf_ben-xvi_hom_20060413_messa-crismale.html

Delibes, M. (1950). *El camino*. Destino.

Iglesia Católica. (1983). *Código de Derecho Canónico*. Libreria Editrice Vaticana. https://www.vatican.va/archive/cod-iuris-canonici/cic_index_sp.html

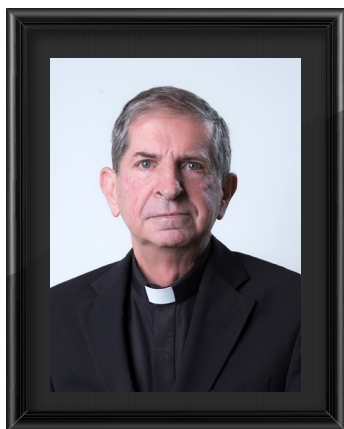
Juan Crisóstomo. (s.f.). De sacerdotio, III. *Patrologia Graeca*, 48.

Martín Descalzo, J. L. (1994). *Razones desde la otra orilla*. PPC.

Presbítero Juan Mauricio Asuad Llano

Pbro. Óscar Fernando Palacio Villa

Administrador Parroquial de La Inmaculada Concepción de Amalfi



El Padre Mauricio acaba de morir. Fue el mensaje que recibí la noche del 24 de mayo. Me lo hacía saber su hermana, Doña Berta Elena, quien siempre estuvo a su lado cual centinela, velando por la salud y recuperación del padre Mauricio. Así lo llamamos siempre: El Padre Mauricio.

Nació en Amalfi el 1 de mayo de 1958 en el hogar de Don Eduardo Asuad Arroyave y Virginia Llano Duque. Fue el cuarto entre ocho hermanos, de los cuales sobreviven Yamile de María Auxiliadora y Berta Elena de María Auxiliadora. ¡Vaya coincidencia! El padre Mauricio muere el día de María Auxiliadora.

Hogar profundamente Mariano el de la familia Assuad Llano.

Sus estudios de básica primaria y básica secundaria los realizó en el municipio de Amalfi, y luego ingresó al Seminario de Cristo Sacerdote de la Ceja, donde realizó su discernimiento vocacional e hizo sus estudios de Filosofía y Teología. Recibió el orden del Diaconado el 19 de noviembre de 1985 en la Catedral de Santa Rosa de Osos, y la ordenación sacerdotal el 5 de julio de 1986, por imposición de manos Su Santidad Juan Pablo II.

Desempeñó su ministerio sacerdotal como vicario cooperador en la parroquia de Sopetrán y Remedios, y luego como párroco en Jardín-Tamaná, La Inmaculada de Caucasia, Remedios, San Andrés de Cuerquia, Santa Isabel (Remedios), terminando su ministerio sacerdotal en la Parroquia la Santísima Trinidad de Hoyo Rico (Santa Rosa de Osos), lugar donde fue sepultado, según su voluntad, el 26 de mayo de 2025.

“Bienaventurados aquellos criados a quienes el Señor, al llegar, los encuentre en vela” (Lc 12,37). El padre Mauricio fue uno de sus criados a quien el “amo” ha encontrado velando. Cumplió con su deber, siempre pendiente de los intereses de Dios y las preocupaciones de los hombres, y se

convirtió en el servidor fiel de sus hermanos, poniendo a su disposición sus cualidades y virtudes, dones y talentos.

Para sus fieles fue el amigo, el sacerdote, el confidente; siempre con una palabra amable y un gesto de esperanza, y para sus hermanos sacerdotes el ejemplo de lo que significa la fraternidad sacerdotal.

Dijo el Santo Padre Juan Pablo II el día de su ordenación sacerdotal: “Mira he puesto mis palabras en tu boca (...) Son palabras de vida eterna (...) que sostienen la generosidad del enviado y aseguran el fruto apostólico, aunque sea a través del misterio de la Cruz”.

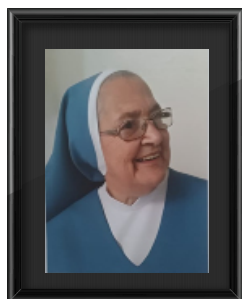
En los últimos años de ministerio sacerdotal, el padre Mauricio experimentó el “Misterio y la Cruz”. Con valor soportó la enfermedad, jamás perdió la calma, aceptó el sufrimiento y el dolor de manera ejemplar. Fue fiel a los tratamientos médicos hasta el final. “Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo para bien de su cuerpo, que es la Iglesia”, diría el Apóstol de los gentiles (Colosenses 1,24).

Nos deja a todos una lección de fidelidad, obediencia y fraternidad sacerdotal.

Paz en su tumba.

Mención Especial

Acción de gracias en las exequias de la Madre Blanca Libia Mazo Mejía



Hoy, alabamos al Señor, en la veneración de la memoria del Siervo de Dios, Monseñor Miguel Ángel Builes Gómez, y en nuestro inmenso agradecimiento por la Congregación de Hermanas Misioneras Teresitas, pues, la trama de la vida de nuestra queridísima Madre Blanca Libia, la tejió el Señor con infinito amor, con los hilos de la vida consagrada, que perfectamente se fueron entrelazando, por los méritos de Cristo Salvador, en el Espíritu Santo, en el alma de la novicia, de la profesa, y de la servidora, al amparo de María Santísima y de Santa Teresita, hasta configurar la base del carisma.

La Madre Blanca Libia Mazo Mejía obtuvo permiso de su congregación, Misioneras Teresitas, para intentar una entrega por los sacerdotes que padecían dolor y soledad, a finales de 1985. El 11 de enero del siguiente año, acompañada por un grupo de jóvenes invitadas a participar en el proyecto, se dirigió a la casa cural de San Cristóbal, corregimiento de Medellín, donde fueron acogidas por el padre Eloy Vásquez, quien, durante años, veló por la naciente obra. El 2 de febrero del mismo año, con la celebración de la Eucaristía, nació la obra por los sacerdotes necesitados (solos, ancianos y enfermos). Desde entonces hasta hoy, la familia Mazo Mejía y la Dra. Ligia González han entregado su cariño, compañía, oraciones y esfuerzos para apoyar, siempre, las necesidades y los apremios de la naciente comunidad y celebrar el júbilo, en muchas ocasiones, por los gozos proporcionados por la Providencia Divina.

En 1991, la hermana Blanca Libia recibió una “exclaustración indefinida”, mientras perdurara la causa y una dependencia directa del Arzobispado de Medellín; nombró al padre Francisco Mejía Vargas, como asesor espiritual de la obra. Asimismo, amparada en la espiritualidad MAB, desde los inicios de la fundación, contó también con la compañía espiritual del Rvdo. Padre José del Rosario Jiménez, misionero de Yarumal (E.P.D.), a quien consideró cofundador de la comunidad. En junio

de 1994, se recibió el reconocimiento canónico, en la Arquidiócesis de Medellín, como “Asociación pública de fieles católicos Hermanas Auxiliadoras de Cristo Sacerdote”, según el Decreto Arzobispal No. 35, firmado por S.E. Mons. Héctor Rueda Hernández.

En mayo de 1998, la madre Blanca Libia viajó por España, Italia, Suiza y Alemania, con el fin de conocer el tipo de cuidado que se brinda allí a los sacerdotes ancianos y enfermos; en septiembre de 2000 visitó Guadalajara (México), para internarse en la Casa Alberione y conocer la manera cómo se asistía allí terapéuticamente a los sacerdotes necesitados.

Entre 2001 y 2006 esta obra llegó a otras circunscripciones eclesísticas, como Ibagué, Barranquilla y Bucaramanga. Actualmente sirve en la casa sacerdotal del Rosario Perpetuo, San Antonio de Prado (Medellín); casa sacerdotal Loma Linda, Girardota (Antioquia); casa sacerdotal San José, Arquidiócesis de Bucaramanga; y casa sacerdotal, con igual nombre, en la Arquidiócesis de Ibagué.

Los veinticinco años de fundación de la Comunidad se cumplieron el 2 de febrero de 2011 bajo la dirección de la madre Blanca Libia, la Superiora General. La celebración Eucarística fue presidida por el padre Francisco Mejía Vargas, concelebrada con veinticinco sacerdotes, en la casa madre y en la casa del Rosario Perpetuo, de San Antonio de Prado, Medellín.

Para diciembre de 2019, la Madre Blanca Libia fue sometida a una intervención quirúrgica; después de debatirse entre la vida y la muerte, el Señor restablece plenamente su salud.

El 8 de diciembre de 2020, en el marco de la primera Asamblea de la Asociación Pública de Fieles Católicos Hermanas Auxiliadoras de Cristo Sacerdote, la Madre Blanca Libia fue elegida Superiora General de la Asociación, por un período de seis años.

Los quebrantos de salud se fueron manifestando en su vida; sin embargo, en este tiempo ella, con fortaleza y abnegación, se sobrepuso a las debilidades de cada día y animó a pensar que ya todo iba pasando, y que todo iba mejor. El 1 de agosto de 2024 fue llevada a la Clínica Antioquia y días después a la Clínica Vida, en su extrema gravedad; el lunes 12 de agosto dio su paso a la Casa del Padre Celestial.

¡El Señor nos ha bendecido y estamos alegres! Nuestra Madre Fundadora sembró la semilla, regalo de Dios, para velar por los sacerdotes necesitados, y nos ha unido, a nosotras su pequeña Comunidad de Hermanas Auxiliadoras de Cristo Sacerdote para que, bajo su guía, su ejemplo, su testimonio, nos formemos en el carisma y nos fortalezcamos, por los méritos de Cristo Nuestro Señor, para que continuemos trabajando según la voluntad Divina”.

La comunidad, bajo el amparo de la Reina y Madre de la Acogida, y de su protector San José, entrega en el Altar la acción de gracias al Señor por la vida y el testimonio de la Madre Blanca Libia. Se elevan preces para que el don del carisma fundacional alcance la medida que desde siempre Dios ha querido. De igual manera, expresa profunda gratitud por los queridos bienhechores que hoy los acompañan -sacerdotes, religiosos, laicos comprometidos, colaboradores, amigos, benefactores- y su oración por los bienhechores que ya han pasado a la eternidad de Dios.

Hermanas Alicia, Luz Elena, Nélida, Nohelia, Edilma, Emma, Luz Mery, Beatriz, Elizabeth, Luz Esther, Aydina, Clelia, Luisa, Leonor, Andrea.

Hermanas Auxiliadoras de Cristo Sacerdote
Parroquia Santa Teresita del Niño Jesús, Medellín, agosto 2024.